

Enterrar a los muertos

Federico Campbell



Destrucción de Ciudad Gótica

Humberto Guzmán



La búsqueda

Ethel Krauze



Ligas mayores

Silvia Molina





INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejero Presidente: JAVIER SANTIAGO CASTILLO
Consejeros Electorales: MARÍA ELENA HOMS TIRADO
EDUARDO R. HUCHIM MAY
RUBÉN LARA LEÓN
ROSA MARÍA MIRÓN LINCE
JUAN FRANCISCO REYES DEL CAMPILLO LONA
LEONARDO VALDÉS ZURITA

Secretario Ejecutivo: ADOLFO RIVA PALACIO NERI

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Propietario: ERNESTO HERRERA TOVAR
Suplente: RAÚL HERRERA ESPINOSA

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Propietario: VICENTE GUTIÉRREZ CAMPOSECO
Suplente: JOSÉ LUIS DOMÍNGUEZ SALGUERO

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Propietario: HÉCTOR ROMERO BOLAÑOS
Suplente: FROYLÁN YESCAS CEDILLO

PARTIDO DEL TRABAJO

Propietario: ERNESTO VILLARREAL CANTÚ
Suplente: ADRIÁN PEDRO CORTES

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Propietario: JORGE LEGORRETA ORDORICA
Suplente: ZULY FERIA VALENCIA

CONVERGENCIA

Propietario: ARMANDO LEVY AGUIRRE
Suplente: HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA

Enterrar a los muertos

Federico Campbell

9



Dstrucción de Ciudad Gótica

Humberto Guzmán

41



La búsqueda

Ethel Krauze

69



Ligas mayores

Silvia Molina

77

4

COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

DIRECTORIO

PRESIDENTA

Consejera Electoral ROSA MARÍA MIRÓN LINCE

INTEGRANTES

Consejera Electoral MARÍA ELENA HOMS TIRADO

Consejero Electoral LEONARDO VALDÉS ZURITA

Encargado del despacho de la Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica: JOSÉ LUIS BARAJAS MARTÍNEZ

Editor: Valentín Almaraz Moreno, subdirector de Diseño y Producción de Materiales

Corrección de estilo: Nilda Ibaguren, técnica especializada "A"

Ilustración de portada y formación: Paula Montenegro Gigante,
supervisora de campaña comunitaria

Autores: Federico Campbell, Humberto Guzmán, Ethel Krauze y Silvia Molina

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D.F.

www.iedf.org.mx

Ira. edición, noviembre de 2004

ISBN: 968-5505-49-7 (colección)

ISBN: 968-5505-80-2

Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-7582-44-1

PRESENTACIÓN

El Instituto Electoral del Distrito Federal pone en tus manos el cuarto volumen de la colección Abriendo Brecha y te invita a leer y comentar con tus compañeros los cuentos que han escrito para ti los autores invitados.

Al recorrer sus páginas encontrarás situaciones que te remitirán seguramente a momentos de tu vida, a inquietudes que has tenido o a vivencias que otros te han contado. Es decir, encontrarás pedazos de tu mundo que, mezclados con pedazos de otros mundos, han sido recreados por la literatura en una perspectiva que busca trascender lo individual y, por ello, tal vez pueda aportarte respuestas y certezas.

Además del disfrute que te proporcionará la lectura de estas historias, te invitamos a reflexionar sobre

su contenido y a buscar en ellas la vigencia de los valores de la democracia. Estamos convencidos de que si los incorporamos a nuestra vida cotidiana, estaremos contribuyendo a la construcción de un mundo mejor.

La solidaridad que surgió espontánea y generosamente en nuestra ciudad con los sismos de septiembre de 1985 atraviesa de un extremo a otro las líneas de *Enterrar a los muertos*, un texto profundamente humano que te remontará a aquellos trágicos sucesos que tú no viviste pero seguramente tus familiares te habrán contado.

Dstrucción de Ciudad Gótica te hará vivir por unos instantes la difícil realidad de la falta de democracia cuando llega al extremo de la dictadura, una experiencia que vemos a veces como espectadores en los noticieros de televisión, pero sin alcanzar a dimensionar lo que significa realmente vivir en un contexto semejante.

En *La búsqueda*, la protagonista principal no se conforma con la idea –más bien las ideas– de Dios que distintas personas le presentan, y al peregrinar detrás de su verdad en una incesante indagación, nos marca un camino, el del ejercicio del libre albedrío, del pensamiento crítico, que es una forma del ejercicio de la libertad, básico en toda sociedad democrática.

Y por último, *Ligas mayores* nos muestra, en el diálogo del niño con su abuelo, la posibilidad de comunicación entre dos generaciones que, por naturaleza, tienen perspectivas distintas de la vida: el ímpetu del niño impulsado por la convicción de lo que quiere frente a la sabiduría serena del abuelo.

Hasta aquí, solamente te sugerimos algunas pistas que te podrán servir para iniciar el recorrido hacia los mundos que te presentan estas historias.

Sólo nos resta agradecer a Ethel Krauze, a Silvia Molina, a Federico Campbell y a Humberto Guzmán su valiosa colaboración en la conformación de este volumen.

Instituto Electoral del Distrito Federal

Enterrar a los muertos

Federico Campbell

Federico Campbell nació en Tijuana en 1941. Es autor de libros de ficción como *Tijuanenses* (Alfaguara, 2002), *Todo lo de las focas* (UNAM, 1982), *Pretextos o el cronista enmascarado* (Fondo de Cultura Económica, 1979), *Transpeninsular* (Joaquín Mortiz, 2000) y *La clave Morse* (Alfaguara, 2001).

También ha escrito ensayos como *La memoria de Sciascia* [FCE (Colección Popular), 2004], *La invención del poder* (Nuevo Siglo, 1994), *Máscara negra* (Joaquín Mortiz, 1995), *Postscriptum triste* (Ediciones del Equilibrista-UNAM, 1994) y una antología de cincuenta años de crítica sobre la obra de Juan Rulfo: *La ficción de la memoria* (ERA-UNAM, 2003).

Escribe semanalmente una columna, "La hora del lobo", más literaria que política, únicamente en diarios que remuneran a sus colaboradores.

En 1995 ganó la beca J. S. Guggenheim.

Lore pasa a través de guardias militares y empleados civiles explicando, explicando, explicando. Lleva una bata blanca y gafete al pecho. Un licenciado Hamilton le permite el acceso a la zona de desastre.

 Mi fantasía, dice Lore, es que los parientes se están sintiendo adoloridos, reventados, incontrolables. Y no. Están enteritos, de una sola pieza, fuertes. ¿Hay alguna novedad? ¿Se oye algo? ¿Hay más víctimas? No queremos más mentiras. Queremos la verdad, aunque sea fea. Vamos a anotar lo que ustedes piden, pero hay cosas que no se pueden conseguir. Si ustedes quieren una máquina superespecial que reviente el cemento, eso no se puede. Pídanlo, pero desde ahora sabemos que no.

 Lore intuye que tiene que responder con cierto grado de autoridad: Venimos a dar un apoyo a la herida de adentro, que no se ve, pero que existe. Los

sindicalistas lo entienden. El papel de los psicoterapeutas sirve de mediación frente al poder: los militares, el Estado, la secretaría, el sindicato, por su pertenencia de clase, por la bata blanca, por cierta seguridad al hablar. Y como no tienen familiares entre los escombros pueden decir y demandar con mayor entereza que otros.

Así va pasando la tarde del sábado. Se le pide al licenciado Hamilton que al menos dé información cada hora, porque eso tranquilizaría a los parientes. ¿Qué tipo de información? La que sea, licenciado. Información técnica, inclusive: se quitaron tantos bloques, no se puede mover una piedra, vamos a meter una motonosequé. Eso los familiares lo entienden. No tiene que dar datos sobre las víctimas si no los tiene. Diga lo que está sucediendo, licenciado, simple y llanamente. ¿Y si no se ha sacado a ninguna víctima en una hora qué dato vamos a dar? Pues diga lo que está haciendo, para que los familiares vayan entendiendo y tomen parte activa en todo el proceso de rescate y no se limiten a ver cómo desentierran a sus muertos.

A las seis de la tarde se informa que encontraron a cuatro personas, dos vivas y dos muertas. Hay que asegurarse de que el familiar está aquí. Todo el mundo se mueve enloquecido. Hay que levantar una lista.

¿Quién está aquí?

Mi hermano.

¿Cómo sabe que su hermano está aquí?

Porque entró a las siete de la mañana.

¿Está usted seguro?

Sí.

¿Cómo es su hermano? Si lo tuviera que reconocer en la calle, ¿usted qué me diría?

Tiene un lunar, es un poco alto, de pelo lacio negro.

¿Y usted?

Es cuadradita y gordita.

¿Y usted?

Es joven, pero canoso.

Las víctimas empiezan a convertirse en gente conocida. Fulano es papá de cuatro. Perenganito entra a tal hora. Perengano es intendente y es de Michoacán. Tiene setenta años. Ya no son víctimas en abstracto.

A no menos de cincuenta metros de donde están sacando los cuerpos, Lore se aproxima a María Inés Serrano, una señora joven, de veintitrés años, muy tímida, con una niña de tres meses, esposa de alguien que está siendo extraído: Álvaro Luna Alegría.

¿Luna qué?, le preguntaba a cada rato a Lore. ¿Luna qué?

Van a sacar a cuatro gentes. Una de ellas es su es-

poso. No sé si está vivo o muerto. Mentira: Lore sabe que está vivo, pero no le quiere dar falsas esperanzas... La voy a acercar a donde lo van a sacar, pero usted se me está tranquilita porque si usted hace un escándalo, se me desmaya o se pone a gritar, nos corren a usted y a mí. Así que se me va tranquilita, de la mano conmigo.

Lore y María Inés se colocan a cinco metros de la ambulancia y empiezan a ver que bajan un cuerpo, tapado. Se dice que está vivo. Sólo le sale un zapato por el lado derecho de la camilla. Tomándose al pie de la letra las instrucciones de Lore, en un murmullo casi, María Inés le toca el hombro y le dice: pst, pst, pst. Lore la toma de la mano cuando ve que bajan el cuerpo. María Inés le dice pst, pst, que se acerque para que le hable al oído. ¿Qué? Acérquese. Ése es mi esposo, añade quedamente María Inés. Lo conozco por el zapato.

La voy a acercar a la ambulancia y vamos a tratar de ver que usted suba. Usted le tiene que hablar suavemente, como a un bebé. Y si lo puede apretar en algún lado que no esté herido, hágalo. Él va a entender, aunque esté dormido, que ya no está entre las piedras.

Lore supone que el hombre, aunque permanece inconsciente, en algún lado, en su sensibilidad más profunda, va a escuchar el ronroneo de la voz que

le va a permitir reactivar sus signos vitales.

Y le habla usted, le sigue hablando como si fuera bebido. Usted ve que a los bebés se les habla aunque no entiendan, pero en algún lado sí entienden cuando la voz es de amor, o de enojo.

Al adelantarse Lore para que María Inés suba a la ambulancia le dicen que no.

¿Cómo que no?

Es que está inconsciente, dice el socorrista.

Si va un familiar es mejor.

No, está prohibido que los parientes suban a la ambulancia.

Pero uno, uno nada más. Elija usted: el papá, el hermano, la esposa, alguien, el que usted vea más tranquilito.

No.

La ambulancia número ocho se aleja de la secretaría a las siete de la noche. ¿A dónde va? A la Cruz Roja de Polanco.

Los parientes de María Inés no conocen Polanco porque son de las afueras de la ciudad y de otro estrato social. Lore va con ellos diciendo a la señora que hay que estar tranquila, que no hay que transmitirle ansiedad al herido. Van en un taxi. Eran unas de esas gentes que traen taxi y una de esas camionetas viejas tipo México ra ra ra, y ahí vamos,

tratando de salir de las zonas acordonadas. Nos tardamos una hora y cuarto en llegar a la Cruz Roja de Polanco, entre escombros, sombrerazos, pitazos, porque la ciudad está muy exaltada ese sábado en la noche. Lore insiste en que hay que llegar con calma. Hay que pedir que nos lo dejen ver, aunque sea cinco minutos. Hay que acercarse y decirle al oído que todo está bien, que ya está del otro lado.

No, aquí no está.

¿Cómo que no está? Si nosotros veníamos casi detrás de la ambulancia.

No está.

¿Dónde está? ¿Cómo nos dice que no está? No puede ser que nos tengan así.

Vaya a preguntar donde está la radio de los socorristas.

Bajan.

Sálganse.

No, dice Lore. Nosotros venimos detrás de la ambulancia número ocho y nos dijeron que venían para acá.

Sálganse.

No me voy a salir. Es mi familiar y yo quiero saber dónde está. Sólo me salgo si usted me promete que va a radiar a ver dónde carajos fue a dar la ambulancia número ocho. Si no, no me salgo.

Bueno, denos un momento porque está interrumpiendo aquí, contesta el radioperador.

Hay más de diez personas esperando. Lore sale, se queda afuera, deja pasar diez minutos y vuelve a tocar:

¿Qué pasó? ¿La Cruz Roja número ocho ya saben dónde está?

Aparece un médico, muy amable, e informa:

La ambulancia número ocho fue a dar a la clínica de la Prensa en la colonia Morelos. Yo voy para allá. Si quieren yo les digo dónde está.

¿Está seguro?

Sí.

Lore ve que los familiares de Álvaro Luna Alegría salen corriendo y no los vuelve a ver. Lore se pregunta si realmente existe la clínica de la Prensa. No sé, piensa. Yo lo único que sé es que llegué hasta aquí y me quedé un rato tratando de averiguar cuál era la organización de la Cruz Roja. Nombres. Cómo estaban manejando las listas de los desaparecidos y a dónde los mandaban. Así, atascada la Cruz Roja de Polanco.

Sola, Lore camina entre la multitud. Allí ha llegado a borbotones la mejor comida de la ciudad. Tacos de todo tipo. Un puesto impresionante. Con asaderos nuevecitos. Muy rico. Son las ocho de la noche y Lore no ha comido nada en todo el día. Refrescos. Helados.

Y me comí cuatro o cinco tacos, dice Lore. Porque tenía mucha hambre. Y yo decía: cámara maestro, ¡tacos!, ¡tacos!, ¡tacos! Entonces se ponía la gente. Y, ¡otro taquito!, ¡otro taquito! Y campechaneado. A ver, frijoles con... otro chilito, por favor. Era un picadillo delicioso. Y frijolitos, y los refrescos. Me acuerdo que los refrescos me impresionaron porque estaban helados. Y, además, muchachos jóvenes, muy guapos, de la zona. ¡Tacos, tacos! Y entonces yo digo puta madre, estos cabrones en su vida estarían ayudando en sus casas a repartir tacos, pero aquí están. Entonces se notaba, el toldo, la cosa ésa donde se ponía la comida caliente, los canastos con sus envolturas de tela, no servilletas de papel, hielo a pasto, refrescos, helados, helados.

Llena la Cruz Roja de Polanco. Repleta de gente ayudando. Lo que sea. En otras colonias, como la Morelos, los puestecitos reciben lo que Dios les da a entender.

A esa hora yo ya me fui a mi casa. Yo iba sin coche. Hablé a la casa, que pasaran por mí. Ya me estaba empezando a sentir medio abrumada, porque a medida que pasan las horas la sensación es que todo se dificulta cada vez más, que aún hay gente con vida. Y eso que todavía era sábado.

El domingo vuelvo a ir a la secretaría. Y otra vez todo el día allí. Otra vez la misma función: estar con los familiares, escuchar sus historias, ver qué está pasando entre las ruinas, volver a estar como mediadora. Era como una función de información. O sea: dicen señora que está pasando esto allá arriba; dicen que ahorita van a encontrar a alguien; dicen que no van a derrumbar. Entonces era: ir a donde están los familiares, ir a donde está la tropa y los rescatadores y caminar para arriba y para abajo. Había una gran indiferencia por la cosa psicológica. Como que a eso no le dan importancia. El problema para los médicos y los policías son las heridas a flor de piel. Hay un desconocimiento aterrador de la problemática emocional, de los sentimientos, pero además es cierto: había mucho miedo. Miedo de que los familiares armaran el gran escándalo. Aunque hasta ese momento los familiares tenían una fortaleza que yo no lo podía creer. Sí, sabemos, pero queremos la verdad, decían. No estaban escandalizados ni se desmayaban. Incluso mostraban cierta sabiduría psicológica al acercarse a los escombros y gritarles: ¡Estamos aquí! ¡Aquí estamos!

A medida que pasan los días yo me acerco, cuenta Lore. Los de la secretaría, los del sindicato ponen un toldo grandote donde se duerme, se come, se cena,

se sienta, se desayuna. Se va rotando la gente. Se empiezan a dar cuenta de que yo no voy a crear líos; no soy autoridad tampoco para dar órdenes. Se acercan, me cuentan lo que sucedió el primer día. Me dicen por ejemplo: Antelmo el compañero tiene a su esposa y a su niña allí adentro. Y Antelmo estuvo hasta el viernes sin moverse de allí, subiendo a los escombros, bajando. Serio. Uno nunca se hubiera imaginado que allí abajo estaban su esposa y su hija.

Otros compañeros del sindicato suben y otros bajan y empieza a llegar comida: naranjas, arroz, huevos cocidos, comida a pasto, a pasto. Comían los socorristas, los familiares, nosotros, sobraba comida. Y seguían llegando camiones con comida. Se corrió la voz. Unos estaban allí y otros mandaban comida. Señoras del sindicato, esposas, están allí ayudando, sirviendo tortas, sándwiches, refrescos, chilitos. Por un lado estaban las ruinas, gente muerta. Por otro estábamos nosotros, angustiados pero comiendo mientras llegaba más y más comida. Doctorcita, una naranja, un refresco. Todo muy cuidado: esta es agua electropura, esta es para beber, esta para lavarse. Así se va pasando el tiempo y la gente sentada allí, platicando, y empiezan a contar cómo fue el primer día, después de las siete de la mañana, y quiénes estaban adentro.

Bajo las ruinas de la secretaría yacen más de veinticinco empleados de la compañía Mate, una empresa particular que da servicio de limpieza a las oficinas del gobierno. Algunos nombres: Edilberta, Anita, Pilar, Raúl, Cresenciano, Apolín, Yolanda, Trini. Las afanadoras entran temprano, de manera que a las ocho de la mañana todo esté limpio. Había veintitantas mujeres de Mate allí metidas: todo el equipo de limpieza, además gentes de la intendencia, gente de la oficina de prensa que entra a las cinco de la mañana para tener todos los recortes de los periódicos listos a las ocho. O la mujer a la que el esposo había dejado a las siete y cuarto, porque los dos trabajan y tienen un solo coche, porque tú me dejas en el trabajo y yo a ti, porque él tenía que entrar a las ocho en otro lado. Los tempraneros. Fulanito, cómo quieres, tenía la mala costumbre de llegar puntual. Y llegó a las siete. En las primeras horas logran sacar a bastante gente de los pisos de arriba. Suben a los escombros y empiezan a gritar: ¡Chuuuy, aquí estamos! ¡Chuuuy, no te preocupes! Vamos a empezar a salir. Mira, aquí está. La familia tuya está bien, no te preocupes. Les gritábamos para que estuvieran tranquilos, que no había bronca, que nosotros los íbamos a sacar.

Pero llegó el ejército y nos bajó a todos.

El domingo llegan los perros de los franceses. Tres perros, tres franceses. Y suben. Todo el mundo excitadísimo con los perros. Ya llegaron los salvadores. Órale. Por aquí, güero. Pásele. Ándele. Los franceses dicen que los perros arriba no huelen nada porque hay mucho cadáver, que hay que quitar dos losotas grandotas para que los perros puedan regresar y oler en el tercer piso. Quitar esas losas toma cuarenta y ocho horas. Y se van.

Ay, doctorcita. Yo no sé si él está aquí. No tenía que entrar a esa hora, dice Patricia Pego, la mujer de Rubén Bernal Piña, de treinta y dos años, licenciado en administración, analista especializado en la secretaría.

Rubén había llegado ese día a las tres de la mañana de Cancún y prefirió esperar que transcurriera la madrugada en el aeropuerto en vez de irse a su casa, en Tlalnepantla. En el primer metro de la mañana se fue directo a la secretaría y a las siete y diez habló con su suegra: Dígale a Patricia que no se preocupe. Ya me vine del aeropuerto para acá. Nos vemos en la tarde.

Patricia piensa: bueno, seguramente no está aquí porque un amigo me dijo que lo vio en la calle, porque Lupita me dijo que él se salió a comer un taco. No puede estar aquí.

Ay, doctora, fíjese que estoy contentísima, dice Patricia a Lore por teléfono a las cuatro de la mañana del lunes. Hoy sacaron a dos compañeras y me dicen que Rubén está allí y que está vivo. Bendito sea Dios, ya lo tenemos localizado. Tiene parálisis facial y en una de éstas no puede hablar, pero me dicen que sí habla.

Lore vuelve el lunes por la mañana y le cuenta que sí, que han sacado a un muchachito al que le estaba saliendo el bigote poquitito, que lo habían sacado, ahí tengo el nombre: Palomino. Él y su mamá se habían quedado adentro. A su mamá la sacan el sábado, con vida y bien, y el lunes en la madrugada sale el hijo, que muere horas más tarde. Tenía las piernas gangrenadas. Lore recuerda perfectamente: la mamá le había dicho que tenía diecisiete años y que le estaba saliendo el bigotito. Y luego le dicen que, en efecto, Rubén está allá arriba, que ya está localizado, pero que está muerto.

¿Qué me dice de mi hijo?, dice el padre de Rubén Bernal Piña.

No sé, estoy llegando, contesta Lore. Déjeme averiguar, yo ahorita vengo a decirle.

Patricia está tirada en el suelo, bajo el toldo del sindicato.

Ay, doctora. Se me murió. Se me murió.

¿Usted quiere que nos vayamos?

No. Yo me quiero quedar aquí hasta que lo saquen.

Durante todo el lunes se hacen intentos por extraer el cuerpo de Rubén. ¿Podría subir Lore?

Cómo no, doctora. Véngase.

Suben Lore y Carlos, el hermano de Patricia, con cuerdas y guantes, se asoman y sí: Rubén está allí con un pilar encima. Sacarlo demoró todo el día. A Patricia le habían dicho que cuando todo empezó, Rubén se agarró del pilar. Ya estaba muerto desde hacía dos días por lo menos.

¿Cómo sabían que estaba muerto?

Porque se le veía, porque tenía el pilar, la cara destrozada, hinchado.

Lore se agarró de unas cuerdas. Carlos, gentil el muchacho, sensible y fuerte, la ayuda a subir. A ver si no me caigo y dejo un desmadre aquí, dice Lore, porque, imagínate, llovido sobre mojado. A ver si no les creo más problemas a los rescatistas. Voy así, como muy recia, viendo dónde voy a pisar para no doblarme un pie y crear más problemas. Me asomo con Carlos y es obvio que Rubén está muerto hace cuando menos dos días. Y sí, la descripción coincide: chamarra roja, pantalón café.

Bajan.

¿Qué me dice, doctora?, pregunta el padre de Rubén.

¿Y su hija y su hermana? ¿Está usted solo?
Se fueron a llamar por teléfono. ¿Qué me dice?
Vamos a esperar a que vengan sus hermanas y su
hija, ¿no?

Bueno, pero, ¿qué me dice? ¿Malas noticias?

Sí.

¿Cuáles? ¿Muy malas?

Las peores. Está muerto.

Así empieza a transcurrir el día. Se sabe dónde está Rubén, pero no se le puede sacar porque tiene encima un pilar que pesa varias toneladas.

Lore baja a decirle a Patricia que está muerto.

Está allá arriba. Hace varios días...

Ay, mejor. Así no sufrió.

La primera reacción es que está vivo, está vivo, está vivo. Cuando se sabe que está muerto, la respuesta es otra: humm, ojalá que haya muerto rápido para que no sufriera más, ojalá que no haya tenido que estar tres cuatro días, ¿no?, viendo que no pasa nada, que se está muriendo y que nadie lo saca.

Están sacando los cadáveres por atrás, dice un sindicalista. Por favor, fíjese que no se los lleven sin reconocer.

Los cuerpos se colocan en un camión de la Ar-

mada. Uno de ellos corresponde a Noemí Bersúns, de la compañía Mate. Llevaba una bata azul eléctrico.

Eso es lo que decía Francisca: nosotras todas somos de bata azul. Éramos veinticinco y no las han sacado a todas.

Francisca estaba allí por sus puras compañeras de trabajo. No tenía ningún familiar allí. ¿Cuándo las van a sacar? El dueño de Mate no viene. Bien que se lavó las manos.

Carreto, un muchacho del sindicato, se acerca a Lore y le dice:

Yo me voy con usted.

Sale un camión. Ya empiezan a sacar en bulto a la gente, muerta hace varios días, quizá un poco descompuesta. Y así nos pasamos todo el lunes, dice Lore. De pronto nos mandan a callar a todos. Silencio. Se escucha un ruido en la esquina de Doctor Vértiz y Fray Servando. Puede haber alguien con vida. Todo el mundo se para: cien doscientas trescientas gentes entre las que están en los escombros, en la calle, y los del sindicato. Donde te pares te tienes que quedar. Sale uno de los topos... Ya está Petróleos Mexicanos aquí. Rápido. Los topos son los que se saben meter por los hoyos; son gente especializada que sabe medir, cómo quitas esto, cómo te metes, tienen que ser muy delgados.

Por favor se callan la boca no me dejan oír. Trescientas gentes congeladas. Silencio absoluto. Hay que escuchar si adentro hay una vocecita, un ruidito, algo que diga que hay alguien que está respondiendo. Pasan quince veinte treinta minutos. Y salen: el topo y un técnico de Petróleos. Dicen que se escucha a alguien como un ruidito y que van a tratar de abrir un túnel para llegar a la persona que supuestamente está con vida y no se sabe si es hombre o mujer. Tantos datos tan ambiguos enloquecen. Salen los rescatistas y empiezan a decir algo, pero alguien les dice no, mejor aquí, en privado. ¿Por qué se tiene que decir en privado? ¿Quiénes más interesados que los familiares en saber lo que está sucediendo? Pero no, no entienden. Se van a su conferencia privada a un lado de los escombros.

Yo me meto, dice Lore, a escuchar. A ellos no les gusta, pero no me dicen nada.

¿Por qué no lo dicen recio? Hay gente con vida. Además es un rito absurdo porque finalmente así como yo me meto a escuchar se meten otros y nos volvemos y vamos y decimos. Es un rito de complicaciones burocráticas. No sé qué decir. Rituales: primera instancia, el que oye; segunda instancia, los jefes; tercera instancia, los bocones, como yo, que estamos avisando; y cuarta instancia, los familiares.

¿Por qué no les dicen a los parientes? Total, yo se lo voy a decir. Siempre voy con la sensación de que estoy revelando secretos. Mira, acabo de decir esto, pero no hay que hacer escándalo. Los familiares están quietos, tranquilos y, a estas alturas del partido, resignados... pero quieren ver a su gente.

Ya se puede hacer ruido otra vez porque el topo ya sabe dónde escuchó y nos avisa. Vamos a abrir un canal.

Y empieza a llover.

A las siete de la noche del lunes: un aguacero. Lluve a cántaros. Mucha gente del rescate baja. Los escombros están resbalosos. Empieza a hacer frío. Nos empapamos. Zapatos empapados. Comida empapada. Colchas empapadas. Deja de llover y tuc tuc tuc: para arriba otra vez. Y todavía Rubén no sale. Carajo, con la lluvia, ¿qué va a pasar con los cadáveres? Pero si a los que están vivos les cae un poco de agua... mejor. Por algún lado se va a meter el agua.

Lore se retira a las nueve de la noche y le dice a Patricia que a la hora en que saquen a Rubén le avisen. Patricia está más tranquila. ¿Ya lo saben las niñas? Tiene cuatro hijos: una niña de siete, una niña de seis, una niña de cuatro, y un bebito, el único hombre, la adoración de su papá. Abrahamcito, de dos años. Está toda la familia: la tía, la sobrina, la coma-

dre, el compadre, están en bola. Esto no sucede en otros países. Esas redes familiares.

Mi esposa Edilberta, doctora. ¿Usted cree? Me están mintiendo. Me dicen que ya la sacaron y no es cierto. Ya vino la gente de la colonia y yo les dije que estaba viva. Van a ir a decir a la colonia que está viva y no es cierto. Fíjese nomás, doctora, dice el albañil, con ocho hijos, esposo de una de las trabajadoras de Mate, preocupado porque ya había venido la palomilla e iba a ir a decir a la colonia, en Naucalpan, que Edilberta estaba viva.

Allí está mi papá, de setenta años, en la parte de adelante, doctora, no me dejan pasar, dice un señor de Iztapan de la Sal, de unos cuarenta y siete años, alto, recio, tímido.

¿Y usted por qué no entra?

Allí están los militares.

Váyase por el otro lado. Yo lo paso.

Pero por allá también está acordonado.

Mire, le dice Lore al soldado, el señor es el único familiar. Su papá tiene setenta años y era de Intendencia. Déjelo pasar. El señor está muy tranquilo y quiere estar enfrente de donde están sacando a su papá. Una semana después no se sabe aún si está vivo o muerto. El soldado deja pasar al señor. Cada dos horas Lore vuelve por allí:

¿Qué pasó?

Todavía no sale. Dicen... dicen que encontraron a alguien.

Por falta de información los rumores van y vuelven.

Así se pasa el lunes. Lore se siente muy mal. Quiere encontrarse con sus compañeros del Círculo Psicoanalítico pero no los localiza porque los teléfonos no sirven, porque se cayó un edificio cerca del Círculo. Lore se va a su casa.

Lo que estamos viviendo todos, dice Lore, nos está empezando a penetrar muy a fondo, aunque no seamos familiares de las víctimas. Todo se empieza a hacer muy difícil, muy terrible, el olor a cadáver. Mientras yo estoy allí no se me nota: subo, bajo, digo, opino, torno, como, voy, pero cuando me quedo sola en el auto me empiezo a sentir muy abrumada.

Me siento muy mal, me siento muy mal, me siento muy mal, dice Lore en su casa. Y de ahí no sale. No es que sea importante que yo me sienta mal, pero si yo, que estoy entrenada para trabajar con angustia, dolor, desesperación, y no tengo familiares allí adentro, me siento así, ¿cómo se sentirán los parientes y los socorristas? Y, como bebida, le pido a mi esposo, como yo le decía a la gente que hiciera con sus familiares, que necesito estar así, como ovillito, como bebé, que necesito que me apapachen y que me den

agüita. Era como no tener control. Me siento muy mal. Me siento muy mal.

Carlos, el cuñado de Rubén, se comunica con Lore a las tres de la mañana:

Doctora, ya lo sacamos. Perdona la hora, pero Patricia me dijo que la mantuviéramos informada a la hora que fuera.

No faltaba más, Carlos. Perfecto.

Ya lo vamos a enterrar, en el Parque Memorial, en Naucalpan.

Vuélveme a hablar a las siete de la mañana porque estoy tan cansada que no me voy a despertar y quiero acompañarlos.

Lore se levanta cuando Carlos vuelve a llamarla, se viste, sale al Parque Memorial. Y allí estamos, dice Lore, en el entierro. Llegan dos o tres ataúdes más. Eso nunca se ve en el Parque Memorial. El Bosque de los Remedios. Inclusive en los panteones privados empieza a haber más movimiento y los sepulcros se ven cansados. Allí está toda la familia, sin escándalo, la reciedumbre frente al dolor. Después les va a venir un quiebre, piensa Lore, grueso, melancólico, depresivo. Cuando estaban sacando piedras, recuerda Lore, tenían que mantenerse fuertes. No se podían ablandar. Algo, una recóndita sabiduría les decía que no podían aflojarse... el aflojamiento les viene

después de que entierran a sus muertos. Entonces les viene un bajón, una depresión que te la regalo.

Después del sepelio viene el segundo paquete: avisarle a los niños. Se les había dicho que su padre estaba de viaje en Cancún.

Hay que decirles la verdad.

Pero, ¿cómo, doctora?, dice la mamá de Patricia. Venga con nosotros.

Lore las acompaña a su casa de Tlalnepantla.

Lore nunca le había dicho a nadie... menos a niños.

En casa de mi mamá, dice Patricia.

No, en tu casa.

Pero yo no he vuelto a estar allí desde que Rubén se fue.

Pues hay que entrar porque ésta es tu casa y aunque Rubén ya no esté. Tienes que vivir allí. Tienes cuatro hijos, tienes que sacar a la familia adelante. Tienes que salir.

Patricia oscila entre el “él era toda mi vida, yo nunca decidí nada, pobrecita de mí, qué voy a hacer”, y el “yo voy a poder, tengo que poder, yo voy a sacar a mis hijos”. Patricia se debate entre las dos posturas. Ha estado condicionada para no tener voz ni voto y ahora se encuentra con voz y voto y cuatro hijos. Y se aterra.

¿Tú me vas a ayudar? ¿Te puedo hablar de tú?

Evidentemente Rubén era muy buen padre, por la casa, por los juguetes. Está su cadáver, la bolsita que trajo de Cancún, la ropa que había usado, sus calcetines, sus camisas, y unos libros.

Siéntense aquí con su mamá, niños.

Se abrazan todos. La gallina con sus pollitos.

No puedo, Patricia empieza a llorar. No puedo. Tú. ¿Cómo se les dice a unos niños de siete para abajo?

Miren, ustedes saben que su mamita no ha venido, que ha estado buscando a su papá. Papá ya apareció, pero se murió.

¿Se murió?, pregunta la de siete años.

Sí, mi amor. Papito se murió, en su trabajo. En la secretaría. Ya lo encontraron y está muerto, mi amor.

La niña de siete años dice... nada, pero no llora.

Papito nos ve desde el cielo y nos va a cuidar.

Sí. Lore quiere fijar un principio de realidad. Sí, pero aquí no viene más. Se murió. Ya no lo van a ver más.

Ay, una foto de mi papito.

Sí, una foto sí. Pero él ya no va a caminar por esta casa.

Empezamos a hablar de papito, recuerda Lore. Papito me llevaba al cine. Papito me llevaba al restaurante.

Lore se queda dos o tres horas con los niños que, según su edad, van entendiendo de distinta manera cada uno. La de siete años ya tiene pensamiento abstracto; sí entiende lo que es la muerte. La de seis años dice:

Ay, ¿para qué fue a la oficina?

La de cuatro años entiende que algo está pasando, pero, ¿qué será? Algo pasa porque mi mamá está llorando.

Y el de dos años, que no entiende conceptualmente, sabe que algo grave pasa. Empieza: papito, papito, papito. Lore le da una paleta. El niño se pone a medio correr, se cae, y se la clava en la garganta. No le sucede nada. Empieza a llorar.

Patricia se ausenta porque le hablan por teléfono.

Lore se queda con Jéssica, la niña de siete años.

¿Estás triste, mi amor?

Sí.

¿Tienes ganas de llorar?

Sí.

Llora, mi amor.

Jéssica pregunta cómo estaba su papá, que si le cayeron piedras encima, que ella vio en la tele...

¿Tú quieres saber eso? Tu tío Carlos lo encontró. Vamos a llamar a tu tío Carlos.

Carlos, Jéssica te quiere preguntar unas cosas. Dile

la verdad, no le mientas, no hay que dar detalles innecesarios.

¿Mi papá cómo estaba?

Sí, mi amor. Allí yo lo encontré.

¿Y estaba muy lastimado?

Carlos se pone a llorar.

Ay, Jéssica.

Pero dime.

Sí, mi amor. Le cayó un pilar encima.

¿Y hacía mucho que estaba muerto o se murió cuando lo vieron?

No, mi amor. Ya estaba muerto hace mucho.

¿Estaba vestido?

Sí, mi amor. Estaba vestido.

Ya no quiero preguntar más.

El miércoles veinticinco Lore se queda en su casa, sola, todo el día, en su cama, durmiendo a ratos. Una vecina toca la puerta y le dice:

Oye, Lore, aquí hay un muchacho socorrista de la Morelos y está muy mal. Dice que tiene ganas de llorar y que no puede. Tiembla.

Cuéntame, Marco. ¿Qué has visto?

A la Morelos no llega ayuda, le dice Marco, están entre ellos sacando a sus gentes, de repente oyen un

llanto y hay un huequito para entrar y me dicen tú eres el más delgado, entra. Y yo no tenía ganas de entrar. Escuché un llanto y dije no.

No entré porque era el llanto de un perro. Estoy seguro.

Luego le dicen que se meta a sacar un cadáver y él contesta es que ya no puedo. Localizan después a otro muchacho en los escombros, hay que cortarle la pierna para sacarlo y Marco ve cómo suben un aparato y cortan.

En otra parte de la Morelos una señora llora y dice mi niñita está allí adentro, pero mi esposo no me deja entrar y está bebiendo todo el día. Marco entra a sacar a la niña y sale con ella entre los brazos, viva. Pero allí truena. Marco no puede más. Empieza a temblar, a temblar... y esa tarde lo traen a casa de Lore.

Es que yo quiero llorar y no puedo.

¿Y si pudieras llorar qué gritarías?

Que me dejen en paz, que ya no puedo más, que quiero estar solo.

Cruzado por dos mensajes (el amor a los suyos que le dice que tiene que entrar y el impedimento que le viene del interior), Marco se siente deshecho por la culpa. Pero a la vez su cuerpo y su ánimo le dicen que ya no puede más.

Lore, que acaba de pasar ese día por el mismo proceso, le dice:

Mira, Marco. Todos estamos así. No es un problema de egoísmo ni de maldad. Es que hay un límite en lo que podemos soportar. Tú ya estás saturado. Ya no puedes más. No te tienes que sentir culpable. Esto les va a empezar a pasar a todos ustedes. Están viendo escenas que jamás pensaron y se las están teniendo que tragar solos. No hay quien les ayude a elaborar esto y, bueno, viejo, si no puedes más, pues no puedes más. No te sientas culpable, viejito. Ya basta. No puedes. No puedes. Descansa. Hoy, mañana. Y si pasado mañana puedes, pues órale, y si no, ni modo. Tú no causaste el desastre, papacito. El cuerpo te está mandando un aviso de que ya no das más, que estás como una olla de presión a la que ya no le cabe más.

Marco se empieza a tranquilizar.

Pausa larguísima. Silencio.

¿Y qué pasó con el perro?

¿Sería un perro?

Los pacientes de Lore hablan todo el día, que esto es terrible, que esto marca un momento en la historia, un antes y un después, que cómo saben ellos que no va a haber otro. A todo el mundo se le recrudecen sus angustias y sus conflictos, según la historia de cada quien. Tal vez en todo esto los psicoterapeutas

podemos ayudar, piensa Lore, siempre y cuando nos involucremos con las gentes que están en los lugares. Porque no hay una preparación en el sentido de que uno puede necesitar ayuda. Uno es un extraño. Hay que participar repartiendo pan, cobijas. Se va uno enterando de lo que pasa y entonces la gente se le empieza a acercar, y a contar y a llorar. Entonces así sí se puede. Llegar a decir yo soy psicóloga es ridículo. Absurdo. O esperar en tu consultorio. Olvídate. Nunca te van a llamar. La gente no se atreve. Hasta que te ven allí y ven que tú te fletas, entonces sí te hablan.

¿Por qué la gente siente la necesidad de enterrar a sus muertos?

Porque es una manera de saber dónde está el cuerpo de la gente amada, allí y no en otro lado. No desapareció. No se lo robaron. No está sufriendo. No está preso. Está allí. Cuando digo aquí está y se llama Rubén y está enterrado aquí, yo estoy vetando a la muerte. Aquí está Rubén y fue el padre de mis hijos y yo lo quiero. Le estoy dando un lugar, un espacio... y una lápida en la que queda inscrito su nombre. La historia no me lo va a borrar. Yo en lo más hondo de mí sé que está allí y no lo tengo en mi mente vagando en un nosocomio, en un hospital, lejos. Alguien decía que la humanidad pasa a ser ci-

vilización cuando nombra a sus muertos y establece ritos funerarios. Éste es un ciudadano. Éste existió. Y está aquí. Si no sé dónde quedó, yo digo que no ha muerto. Si no veo el cadáver, no sé si ha muerto. No me consta. Y siempre voy a contar el cuento de que no ha muerto, que anda por ahí, que algún día va a regresar. Y eso es muy enloquecedor. Algún día regresa. Algún día regresa. No. No regresa. Yo sé que está allí. ¿Por qué esa demanda tan impresionante de que por favor queremos los cuerpos? Porque la exigencia no es solamente en razón de que aún hay gente con vida. La demanda también es por favor denos los cuerpos. A la fosa común, no. Es una parte de uno, real, interna, histórica, de la civilización. Hay que enterrar a los muertos. Uno quiere saber dónde está su gente para poder elaborar el duelo internamente. Se murió. Lo vi. Allí está. Éste fue un ciudadano.

Destrucción de Ciudad Gótica

Humberto Guzmán

Humberto Guzmán ha recibido diversos premios: el Premio Nacional de Novela “José Rubén Romero” 2000, por *Los extraños*; el Premio de Periodismo “José Pagés Llergo” 1998, por artículo de fondo; el Premio “Los cuentos del Ateneo Español” 1987; el Premio Nacional de la Juventud de Novela, SEP, 1971. Ha sido miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte, SNCA, 1993-1996 y 1997-2000, becario del Centro Mexicano de Escritores, 1970, y del International Writing Program, Universidad de Iowa, EUA, 1986. Ha impartido talleres literarios y de cuento desde 1972, y cursos-taller de novela desde 1998.

Es autor de las novelas *Los extraños* (Tusquets-Conaculta, 2002); *La caricia del mal* (Aldus-UAM, 1998); *Los buscadores de la dicha* [Conaculta (Lecturas mexicanas), 2004]; *Historia fingida de la disección de un cuerpo* (Premiá, 1982); *Manuscrito anónimo llamado consigna idiota* (Joaquín Mortiz, 1975), y *El sótano blanco* (Injuve, 1972).

En el género de cuento, ha publicado *La lectura de la melancolía*, antología personal (Aldus, 1997); *Seductora melancolía* (SEP, 1988); *Manuscrito anónimo llamado consigna idiota* (algunos cuentos, Joaquín Mortiz, 1975); *Diario de un hombre común* [IPN (Cuadernos Politécnicos), 1988]; *Contingencia forzada* (FEM, 1971); *Los malos sueños* (Cuadernos del Injuve, 1968 y 1972), *Humberto Guzmán* (Material de Lectura 104, UNAM, 1996).

Completan su producción varias antologías, una pieza teatral, *Nocturno del alba* (incluida en *Seductora melancolía*, SEP, 1988), y *Textos visuales: V* [UAM (La rosa de los vientos), 1979].

Numerosas antologías nacionales y extranjeras han incluido cuentos suyos desde 1967.

El horizonte refulgía en rojo, como sangre, sobre una ciudad que, vista desde el ángulo del ventanal del departamento de Rodrigo, en un alto edificio del Paseo de la Reforma, no dejaba percibir la tragedia que vivía. La tarde lanzaba gruesos rayos rojos, como los brazos largos de un gigante que se rebela a desaparecer cubierto por la noche. Pero la llegada de la negrura era inminente. En unos minutos, Rodrigo vio que el rojo intenso y luminoso se transformó en una claridad sin fuerza al fondo, en tanto que los altos edificios del Paseo de la Reforma empezaron a mostrar el despliegue de las sombras. Pronto, la ciudad se vio a oscuras. Eso le impresionó a Rodrigo —Bart, como una vez se autonombró, cuando era pequeño, porque su padre se llamaba Homero, pero ya no se identificaba con aquél, no dejaba de verlo como a un niño destructor—, que desde hacía ocho o diez

días no podía salir a la calle a realizar ninguna de sus actividades diarias, como ir a la escuela, la Secundaria número 63, que estaba a tres paradas de metro, o a visitar a sus amigos por las tardes, con los que iba al cine a ver películas de horror, o esas otras de aventuras, de karatecas de ciencia-ficción, donde la lucha del bien contra el mal era a muerte, exactamente como se libraba otra clase de batalla —ésta mucho peor, porque era en la vida real— en las calles de la ciudad de México por esos aciagos días.

Rodrigo era un muchacho de trece años, casi catorce —proclamaba él—, alto y espigado, para quien de la noche a la mañana el mundo había dado una voltereta difícil de aceptar, ya no digo de entender. Tal confusión envolvía a la ciudadanía en general, no sólo a un muchacho de su edad.

—¿Qué está pasando, abuelo? —decía ante un anciano (al que llamaba sin que él lo supiera Abraham, igual que el abuelo de la familia Simpson, aunque su nombre era Luis en realidad), que había enmudecido a causa de un estallido que, apenas días atrás, destruyó parte de su vieja casa en la calle Orizaba, de la castigada colonia Roma.

A su padre, Homero, Rodrigo lo había visto salir de casa hacía una semana y no lo había vuelto a ver. La familia recibió un telefonema y un correo elec-

trónico suyos, cuando servía el teléfono, desde algún lugar impreciso de la ciudad. “¡Esta ciudad es un continente!”, gritaba Homero cuando venía de la calle, harto de los embotellamientos, el calor y el gentío. Su madre –la hija de su abuelo Luis, el que acababa de perder la voz–, como siempre, se había quedado al frente de la casa. Además de ellos, no olvidemos a su hermanita Sara, Lisa la llamaba para hacerla enojar –y redondear a la familia Simpson, aunque faltaba la pequeña Maggie–, una niña de ocho años, de pelo rojizo y pecosa. Por lo general, no se llevaba bien con ella. Ningún adolescente que se respete se lleva del todo bien con un hermanito, y menos si es hermanita de ocho años. Le parecía demasiado chiqueada, en tanto que él ya era un jovencito, que entendía ciertas cosas y que sólo la pasaba bien con su palomilla de la escuela, jugando al fútbol, chaco-teando con las chavas, haciendo las tareas entre varios, y con otra plática, otros gustos, propios de los más grandes. Pero las cosas habían cambiado de repente. El mundo le mostraba su rostro más grotesco. “¿Cómo puede estar pasando esto?”, se decía Rodrigo para sus adentros, y lo preguntaba a su abuelo Luis, que sólo lo miraba con ansiedad, y a su madre, que algunas veces lo miraba compasivamente y otras sólo contestaba, enfadada, “¡yo qué sé!”

Parece una película, se decía. Así era, parecía Ciudad Gótica bajo el terror a que la tenía sometida Guasón, el villano más temible que la había asolado –más que Acertijo, Doblecara, Gatúbela o Pingüino– después de que Batmán, sin su inseparable compañero, Robin, había sido capturado y maniatado. Pero en la película de Batmán ya se sabe que al final va a escapar de su prisión y él solo (por algo era un héroe), cuando mucho ayudado por Robin, liberará a Ciudad Gótica y a sus ciudadanos del yugo de Guasón y los otros mafiosos. En cambio, la película que Batmán, perdón, Rodrigo, estaba viviendo, no garantizaba que al final iba a aparecer Batmán, o Supermán –éste era un héroe casi olvidado en 2010, año de tan aciagos sucesos, pero como Homero lo contraponía al primero, su hijo, quizá por solidaridad con su padre, lo tenía presente–, quien, después de quitarse los anteojos, el saco, la camisa, la corbata y demás, dentro de una caseta de teléfono, para quedar en el traje azul y rojo de Supermán –que de alguna manera se le hacía un bonito pijama–, emprendiera el vuelo raso, con el rizo negro en la frente y la capa roja ondeando al aire –¿es un pájaro, es un avión?, no, ¿es Supermán!–, una verdadera amenaza para la maldad, y de un poderoso golpe con el puño terminara con la terrible situación, que era, se decía, como una

pesadilla. Sólo puede explicarse de esta manera un asunto en donde no se ven los malos ni los buenos por ningún lado y nada más se nota a la gente con ojos de espanto, angustiados, que no sabe para dónde ir, como en una ciudad gótica tomada por Guasón y su pandilla.

A la mejor, se dijo, como no hay héroes que lo salven a uno, lo que quiere la gente es irse, huir de aquí. “Bueno, algunos ya se han ido, dice Marge, o sea, mi mamá, pero otros, como nosotros, no. Cómo vamos a dejar a Homero, que es un codo, pero también es un buen padre para Lisa, o Sarita, y para mí, perdido en esta ciudad que está hecha un infierno, como dice Marge (dice mi papá: ‘¿por qué un hombre, como Homero Simpson, panzón, tragón compulsivo, libador de cerveza, irresponsable, infantil, lento, tiene una esposa bonita y ordenada –según la caricatura?–’), o Clarita –que es el nombre real de mi mamá–, que trabaja en una oficina de gobierno, como Homero... ¿Qué estoy diciendo?, mi papá trabaja..., ¡trabajaba en la universidad!, donde daba clases de historia. En cambio, Homero Simpson es inspector de seguridad, de inseguridad ha de ser, en la Central Nuclear de Springfield, y no se parece a mi papá que, al contrario de él, no come tanto, no bebe tanta cerveza, no es tan torpe, ni es amarillo.

Mi mamá me llama la atención: ‘¡Cómo te gusta ver esos monos tan feos!’ Y mi papá reconoce que los vio cuando era chico, así que ya son más viejos que las pirámides de Teotihuacán y los dinosaurios.”

“Ahora –continuó Rodrigo–, las oficinas, las universidades y las escuelas, como la mía, están cerradas. ¿Qué tal si regresa Homero y no nos encuentra? Mejor nos quedamos. Además, no tenemos a dónde ir. Habló mi tío Javier, quería que nos fuéramos a su casa de Yautepec. Pero, en ese momento, que todavía servía la tele, que había señal, supimos que habían explotado algunas bombas en los bancos de ese pueblo. Y dijo Marge –Clarita como el agua, como la llama Homero– que había oído que de momento más valía quedarse quietos y no tratar de salir de la ciudad, hasta que las aguas regresen a su cauce. La película que estamos viviendo, por lo pronto, es aborrecible, como dice mi mamá. Sin superhéroe a la vista. Sobre todo, porque no es película, sino que es de verdad. Yo me siento muy mal, encerrado en mi casa, sin poder hacer nada. Me aburro como ostra. O algo peor, me da miedo. Esta película ya no me está gustando. Nunca imaginé vivir algo así. Está todo muy, pero muy peligroso-peligrosísimo.”

La noche era la dueña del paisaje urbano, que, desde el ventanal de Rodrigo, era una ciudad aban-

donada, sin coches ni camiones en movimiento, sin ruidos, sin luces, sin gente, sin vida. Al jovencito se le ocurrió que parecían las ruinas de una gran ciudad, pero de un planeta desconocido, al que había llegado en una nave interplanetaria, después de haberse perdido en el espacio infinito.

Eso parecía. Los edificios de la avenida –cuyo trazo data del reinado de Maximiliano de México, para que se trasladara desde el Castillo de Chapultepec al Palacio del Gobierno, en el Zócalo, como se le conoce a la Plaza de la Constitución– estaban cubiertos por las sombras. Sólo que desde las ventanas del departamento de Rodrigo y su familia no se veía el castillo, ya que se orientaba hacia el Zócalo. Lástima, contaban sus padres que cuando llegaron a buscar un departamento para comprar a crédito, se encontraron con que todos los que veían al castillo estaban vendidos y tuvieron que conformarse con éste, que daba a la columna de la Independencia, lo cual no estaba nada mal, un angelito dorado con las alas desplegadas, pero ellos, como los demás, hubieran elegido el de la vista al castillo. De modo que la ciudad se extendía a oscuras desde la ventana de Rodrigo. “¿Por qué hacen esto?”, decía Rodrigo. Habían cortado la luz de las calles, de las casas, de todas partes. El teléfono estaba funcionando todavía tres días

atrás; el agua faltaba cada vez con más frecuencia. La madre de Rodrigo había dicho que las tiendas de autoservicio estaban vacías y muchas habían cerrado. Ya no había víveres que comprar. La población de la ciudad se había desbocado a las tiendas hasta agotarlos, cuando se dejaron ver las primeras muestras de una especie de guerra civil, sorda, como guerra de guerrillas, en la que los rebeldes no daban la cara, pegaban y desaparecían, eran como fantasmas armados.

¿Cómo había sido aquello? ¿Cómo empezó todo? Rodrigo era más chico de lo que él creía para haberse dado cuenta del desarrollo de los acontecimientos, de la lucha política por el poder (llegar a la silla presidencial era como poder todo, de ahí su enorme atractivo), que se fue enrareciendo hasta que se interrumpió el diálogo entre los representantes de los ciudadanos, los partidos políticos y las diferentes fuerzas que componían la ciudad, el país entero. Aunque, según se sabía por los noticieros de radio y televisión que llegaban a salir al aire, la rebelión se había desatado en la capital del país, pero los efectos se extendían, como una epidemia, por todo el territorio nacional. De esto, quizás, no estaba tan enterado Rodrigo, que no seguía los noticieros –aunque siempre se oye algo– ni leía el periódico como su padre. Él sólo sufría las consecuencias: su padre que andaba

perdido, que había sido inhabilitado en la universidad, la falta de luz, de agua, de teléfono, la escasez de alimentos, la imposibilidad de salir a la calle, de ir a la escuela, de ver a sus amigos, de bajar al Paseo de la Reforma y caminar a las rejas de Chapultepec, que son verdes, son verdes, nomás para usted.

—Oye, abuelo, ¿cómo empezó esta guerra? ¿Nos vamos a morir todos? ¿Quiénes son los invasores? ¿Son extraterrestres, de qué planeta, de qué galaxia vienen?

—No molestes a tu abuelo —intercedía Clarita como el agua—, además, tú qué vas a entender.

—Yo sí entiendo, si me explican bien. Tengo trece años y eso no quiere decir que sea tonto.

—Eres un niño todavía, éste es un problema de hombres.

—Entonces, ¿tú tampoco estás entendiendo nada, mamá?

La madre lo miró con enojo, el caso era que no supo qué añadir ni cómo defenderse.

—Ya quítate de esa ventana y vete a tu cuarto, ¿no ves que puede alcanzarte una bala perdida disparada desde cualquier parte?

Rodrigo apenas vio, en la oscuridad del departamento, que su madre se iba a su recámara haciendo pucheros. El abuelo Luis, mientras veía la escena

que representaban su hija y su nieto, pelaba los ojos tratando de decir algo. Sin poder hacerlo, permanecía sentado en el sofá de frente a la televisión, como si esperara a que ésta se iluminara y se llenara la casa de imágenes, personajes, voces, ruidos y comerciales. Qué sola estaba la casa sin su papá y sin la televisión encendida.

“¿Y Homero qué estará haciendo ahora?”, se preguntó Rodrigo, mientras caminaba enfrente de su abuelo, que sólo lo seguía con la mirada. Luego, regresó a la ventana. Ya que no creía que le fuera a tocar ninguna bala perdida. En los días que llevaba el toque de queda –así le había llamado Clarita como el agua a la situación tan lamentable en la que se encontraba la ciudad–, no había pegado ninguna bala al edificio donde vivían, a pesar de estar sobre la avenida más importante del Centro Histórico. De repente, en el curso de la noche, se oían disparos aislados, alguna ráfaga de metralleta, o un estallido más o menos cercano. Ambulancias. Eso sí. Las sirenas de las ambulancias se oían a cada rato. Era algo que daba náuseas. “¿A qué hora nos va a tocar a nosotros? ¿A qué hora van a bombardear nuestro edificio?”, se preguntaba el jovencito, cuando su hermanita Sara empezó a llorar: decía que le daba miedo la oscuridad, que quería la tele, que, ¿a qué hora iba

a venir su papi? Se oyó la voz de Clarita como el agua que empezó a calmarla con voz pausada, pero terminó casi a gritos. El abuelo Luis seguía oyendo todo, pero no podía decir nada. Ni siquiera había tenido oportunidad Clarita de llevarlo con un especialista para que lo estudiara. Al principio del problema lo atendieron los paramédicos y un médico de la Cruz Roja. Este último fue el que le recetó los medicamentos que estaba tomando. Pero Clarita decía que era necesario que lo viera un especialista. Que todo eso no estaría pasando, seguía diciendo como hablando con su sombra, de no haber llegado a la presidencia el caudillo. Así lo había nombrado Homero. Es un caudillo. Y él sabía de la historia patria. Ya no quiso dejar la silla presidencial el viejo ladino. Que iba a resolver el problema de la miseria de tantos y tantos, que iba a abaratar la canasta básica, que no iba a parar hasta conseguir empleo y vivienda para todos. ¡Cuál! Lo que hizo al llegar al poder, además de rodearse de cómplices, decía Homero, fue comprarse un avión de lujo para él y su nutrida corte, para sus frecuentes viajes al extranjero, con los más caros vinos y platillos más sofisticados y unas aeromozas que quitaban el hipo. Y, claro, modernizar el ejército, que era el que lo sostenía. “Todo el mundo creía que este país había dejado la era de los caudillos. Un país que ha sido el ejem-

plo para el resto de Hispanoamérica”, dijo Homero mientras desayunaban huevos rancheros un domingo luminoso, con el ángel dorado de la Independencia posando al fondo. “Y ahora esto. Nomás llegan al poder y se olvidan de la gente. Les gusta ser el mandamás. La sociedad civil, no obstante, protestó por la falta de cumplimiento a los compromisos contraídos en campaña y, en especial, cuando el hombre fuerte se reeligió para otro periodo. Se cree un iluminado”, dijo Homero. “¿Y qué es un iluminado?”, preguntó Rodrigo. Se imaginó que el hombre fuerte estaba alumbrado por reflectores. Así era, igualito-igualito. Pero, de los reflectores de la egolatría y el autoritarismo. Y no dejaba la silla presidencial porque según él era la garantía de la justicia y de la paz. La eterna historia. De la democracia nunca hablaba, por lo menos era honesto en ese aspecto. Lo cierto era que en el fondo dudaba de la democracia, porque esta forma de gobierno lo hubiera expulsado de la silla presidencial por los votos.

Y ahora esto.

—Abuelo —dijo Rodrigo—, ¿cuándo se va a acabar esta pesadilla? Te digo que a la mejor ya es la guerra de las galaxias.

El abuelo lo miraba, ansioso. En vez de palabras le salía una tos que lo ahogaba. Y Rodrigo no sabía qué

hacer. Llamaba a su madre que tampoco sabía qué hacer. El viejo se les podía morir allí y ni quién viniera a auxiliarlos. Los hospitales, se escuchaba, habían rebasado su límite de admisión. Los médicos particulares cada vez eran más caros y no querían hacer visitas a domicilio. De cualquier manera, el abasto de medicinas estaba en su peor momento. Se rumoraba que no había ni aspirinas en las pocas farmacias que seguían abiertas. Por fortuna, la hermanita de Rodrigo dejó de llorar. Tal vez se cansó y se quedó dormida. Una menos, pensó el jovencito. Se volvió hacia donde estaba su abuelo Luis, y éste, después del ataque de tos, pareció haberse dormido también. La casa estaba oscura y en un silencio que atemorizaba. A Rodrigo le empezaron a temblar las rodillas. La oscuridad y el silencio eran para una película de espantos. Nunca había vivido un infierno parecido. Porque el infierno era sentirse solo, abandonado. Recordó que una vez, cuando tenía cinco años, su padre lo llevó al Museo de Historia en el Castillo de Chapultepec. Entraron a la sala de las banderas y de algunas prendas sagradas de la Independencia. Él fue recorriendo las vitrinas, entre los visitantes. Era un domingo, había mucha gente y, de pronto, al girar sobre sus talones no encontró a su padre. Miró a todos lados y no lo vio. Sintió que el piso se resquebrajaba bajo

sus pies y caía en un vacío sin límite. Salió a la terraza del castillo y tampoco lo encontró allí. No pudo más y las lágrimas brotaron de sus ojos.

Una sensación similar lo aquejó esa noche. Coincidía en que su padre había desaparecido. No estaba cerca para ayudar, para apoyarse en él. Aquella vez se resolvió su ausencia en unos minutos. Ahora ya llevaba días, más de una semana, que no sabía nada en firme de él, estaba escondido, o haciendo no se sabía qué. Decían que la gente desaparecía en serio, para no volver. Estos rumores los tenían al borde de la demencia. Ahora no sólo le temblaban las rodillas, sino todo el cuerpo. Parecía que se moría de frío. Sin pensarlo, se acercó de nuevo al ventanal. Se encontró con la ciudad: a oscuras, silenciosa, sin movimiento alguno, como muerta.

El chirrido de las llantas de unos automóviles, voces, gritos, uno, dos balazos, que pronto se convirtieron en una balacera, irrumpieron en el silencio de la noche. La madre gritó desde la cama de su hija:

—¡Quítate de la ventana, Rodrigo!

Él, que permaneció pegado a los cristales de la ventana, se estiró y miró hacia abajo y no vio nada. “Debe de ser en la esquina”, se dijo. La balacera, como empezó, terminó. Le siguieron algunas voces, unas

corretizas, el arrancón de varios vehículos. Y el silencio otra vez. Que no duró mucho. El aullido de las ambulancias rompió la falsa tranquilidad. Se notaba que las ambulancias iban y venían, subían y bajaban por el Paseo de la Reforma. Esa noche infernal, el sonido agudo, intenso, de las sirenas de las ambulancias, era como largas agujas que se encajaban en los oídos. Rodrigo era un muchacho grande de trece años. Por eso le costó trabajo aceptar que, otra vez, como cuando tenía cinco, estaba llorando, llorando calladamente para que nadie fuera a darse cuenta, porque eso sí le hubiera dado vergüenza.

Y la noche apenas empezaba.

El ruido de una llave que alguien trataba de introducir en la cerradura de la puerta lo sobresaltó. Otra vez el piso se le abrió bajo sus pies. De un salto llegó hasta la parte trasera del sofá y, oculto, esperó. La llave, después de un rato, entró en la cerradura principal. Una, dos vueltas. Luego, la de abajo. Después de varios intentos, entró. Una vuelta. Al último, la más sencilla. Un movimiento de la llave y se abrió la puerta. El muchacho, con el corazón retumbándole en el pecho, se arrastró por la alfombra y asomó apenas los ojos entre las patas del sillón y las de la mesa del teléfono, mudo como su abuelo Luis. Se imaginó que entraban extraterrestres con

pistolas que en vez de balas lanzaban rayos desintegradores. La puerta se abrió con lentitud, en silencio. Una sombra se dibujó en el vano de la puerta. Era la sombra de un hombre. El muchacho cerró los ojos, tratando de borrar de ese modo lo que veía. Pero volvió a abrirlos. El hombre entró y cerró la puerta con las dos llaves. Parecía que no se sentía muy bien. Se apoyó en la puerta con una mano y con la otra se cogía la pierna. Lo examinó. Era Homero, su padre. No podía creerlo. Todavía titubeó un instante. Por fin, se levantó de un tirón y, sonriendo, se acercó a la figura que se recortaba en la penumbra, diluida un poco por la repentina luz de la luna que entraba por la ventana.

—¡Homero, papá!

—¡Homero!, ¿eres tú? —dijo la madre, con su voz grave, desde la puerta de la recámara.

—Sí, soy yo, no griten, no levanten la voz, estoy bien.

—Qué bien vas a estar. ¡Mira nada más!, ¿qué tienes en la pierna? —dijo Clarita, que ya estaba a su lado.

El padre, que sangraba de un costado de la pierna derecha, se fue de a cojito hasta una silla del comedor.

—Tráeme un trapo, agua oxigenada —dijo el padre a la madre.

Mientras, Rodrigo no atinaba qué hacer, cómo ayu-

dar a su padre: iba de un lado al otro, como menso.

—Ve a la cocina y pon a hervir agua —dijo Clarita a su hijo.

—¿Y si no hay gas?

—Entonces, trae del agua para tomar, pero rápido. Dios mío, mira nada más, y ahora qué hacemos. ¿A quién acudir? ¿Quién te lo hizo?

—Fue aquí, a la vuelta, hace un rato. Estuve a punto de llegar a salvo. En el último momento nos acorralaron. Veníamos tres. Yo salí con esta herida, es ligera, en realidad es un rozón, pero me duele como no tienes idea. Los otros no corrieron con tanta suerte. Creo que uno, Carlos, iba herido en el brazo al huir. Antonio, un chaval de dieciséis años... Le grité que se tirara al piso. ¡Le dieron! Traté de jalarlo. No se movía. Tenía una mancha de sangre en el pecho, cargada al hombro. No sé, no sé. Entonces sentí caliente en la pierna. Supe que me habían pegado a mí también. Me dio miedo que me mataran. Escapé como pude. Me arrastré hasta el edificio. A pesar del dolor en la pierna, sólo quería escapar.

Rodrigo había recobrado la calma en lo que se refería a la ausencia de su padre, pero respecto a lo que estaba ocurriendo en la ciudad, su confusión era mayor. ¿Por qué estaba herido Homero? ¿Por qué lo perseguían? ¿Por qué mataron a aquel muchacho?

—¿Qué hiciste para que te persigan, para que te tiren de balazos, papá?

—¡Se paga un precio muy alto por disentir en una dictadura, Rodrigo! —dijo con una voz que más que resentida, era solemne, como en sus mejores clases en la universidad.

Rodrigo seguía sin entender gran cosa. Entonces los malos eran los que estaban con el caudillo, el que se metió al Palacio de Gobierno y ya no quería salir. Los buenos eran los que disentían, los que no estaban de acuerdo con ese hecho. Y, ¿qué?, ¿no se podían pelear hablando, hasta llegar a un acuerdo?

—¿No pueden estar las dos bandas? —preguntó Rodrigo.

—No, a estas alturas ya no se puede estar juntos. Son unos, o son otros, pero no juntos. Ése es el problema. Que no se puede hablar, ya no digo disentir —dijo Homero, con un gesto de dolor por algo más que un rozón de bala en la pierna—, al rato ya no podremos ni pensar. Esto es una dictadura. Pero, somos muchos los que no estamos dispuestos a dejar a nuestros hijos, a ti y a tu hermanita, Rodrigo, un país en esta penosa situación. Nuestros derechos individuales más elementales, lo más sagrado —después de la patria, por supuesto—, han sido borrados de un manotazo.

Eso ya lo estaba entendiendo. A él también le afectaba. Él no podía salir con sus cuates, no podía caminar en la calle, ni asomarse a la ventana, porque podía alcanzarlo una bala perdida. Y si eso seguía como iba, ya no iría nunca a la escuela. No es que le gustara la escuela por sí misma, no era para tanto, sino que allí estaban sus amigos, y los que no lo eran también, allí estaban las niñas, esa güerita que le gustaba, en suma, su mundo. Además, si no iba a la escuela, ¿qué iba a ser de él cuando fuera grande? ¿De qué iba a trabajar en unos años más? “De por sí ya dicen que no hay empleos –pensó, con la mirada fija en la pierna de su padre–, y si el caudillo –repetió lo que decía su padre– no cede, nos vamos a morir de hambre todos.”

—Si decía que sólo quería servir y ayudar a la gente, ¿por qué ahora nos está haciendo tanto daño? —se lamentó Rodrigo.

—Porque su ambición, su hambre de poder, es insaciable —exclamó Homero, sacando el aire para que la curación que le estaba haciendo su mujer no le doliera tanto.

—¿Cómo es eso, cómo es eso?

—Esa gente no respeta nada. Ya lo entenderás... —dijo Homero, haciendo un ruido con la boca como si estuviera enchilado, cuando la madre terminaba

de limpiarle la herida con gasas y un líquido oscuro—, cuando crezcas y quieras hacer algo por iniciativa personal y no puedas... En una democracia hay derechos y también obligaciones. Todo el mundo participa. No es perfecta, pero...

—Deja de dar clase, Homero —cortó Marge, perdón, Clarita como el agua—, y no te muevas, porque te lastimo.

Entonces, las palabras no significan lo que parece que quieren decir. La gente puede decir una cosa y hacer otra. Un hombre fuerte puede obligar a un pueblo entero a que haga y piense como a él le conviene.

Rodrigo estaba pensando demasiado acerca del tema del dictador, el caudillo, la democracia y el toque de queda, el premio y el castigo: como a perritos amaestrados, si obedecen, premio, si desobedecen, castigo. Estaba pensando casi como un adulto, cuando su padre le dijo a Clarita como el agua que iba a entrar al baño; mientras, que le prepara una torta, porque iba a irse en seguida; no tardarían en llegar a buscarlo, y no era muy buena idea que lo encontrarán. Siquiera los había visto un rato.

Otra vez el temblor de las rodillas, otra vez el miedo. Y eso que no sabía todo lo que de seguro sabía su padre. De cualquier manera, ¿por qué Homero

andaba en esas condiciones? Cuando las cosas andan tan mal, la gente actúa desesperadamente. No hay que llegar a tal extremo. Es lo peor que puede ocurrir. En esos momentos es cuando los caudillos, en especial si son de los iluminados, que son los más peligrosos, como decía el padre de Rodrigo, se aprovechan de lo revuelto de los ríos.

—Ya no te vayas, Homero —dijo Clarita como el agua, compungida, con cara de gran preocupación—, ¿qué vas a hacer a estas horas en la calle? Te van a agarrar y quién sabe qué más te van a hacer.

Él movió la cabeza y se acarició el vendaje; el pantalón ensangrentado, abierto, le colgaba a los lados de la pierna.

—Si me quedo es peor, Clarita, para mí y para ustedes.

—Pero, dicen que se declaró la amnistía para todos los que firmaron esa carta en contra del gobierno.

—¿No te acuerdas que publiqué un artículo, cuando todavía se pudo hacer, criticando su política económica y sobre la anulación de los derechos ciudadanos? Eso no lo perdonan, Clarita. Pueden aguantar insultos. Pero, los argumentos, las ideas, eso no se perdona. A eso sí le temen. La verdad, mi artículo no sirvió de nada. Sin embargo, creí que debía expresar mi opinión. Yo no soy guerrillero; no soy

gente de acción. Tú lo sabes. Soy un ciudadano común y corriente.

—Por eso, ¡dilo, Pruébalo, eres gente de trabajo, tus compañeros de la universidad...!

—No, Clarita, no te hagas ilusiones, un dictador es un ídolo: no dialoga, monologa. Además, ya me amenazaron, ya me corrieron de la universidad. Por eso me escapé, me escondí más bien, porque ya lo único que puedo perder es a mi familia y... la vida. Pero, ustedes no se preocupen. Mientras yo... Qué estúpido. ¡Y tu padre? Me olvidé de tu padre. ¡Cómo está? ¡Dónde está?

Clarita como el agua le señaló un rincón de la sala. Allí estaba el pobre viejo, con un aire de olvidado, aunque con los ojos bien abiertos, como queriendo decir mucho, pero sin poder hacer nada. Sólo los veía fijamente, parecía un loco. Homero, cojeando, se acercó hasta él y lo abrazó. Don Luis trató de levantarse para recibir el abrazo, pero no pudo y allí se quedaron, en el sillón. Ni uno ni otro estaban para movimientos bruscos.

—¡Tengo miedo, Homero! —chilló Clarita como el agua.

Rodrigo no quiso decir lo mismo, aunque estuvo a punto de hacerlo, para no llover sobre mojado. Aprendió algo nuevo: en una dictadura, lo único que es de

todos es el miedo. El grito de Sarita los sacó de ese horrible marasmo. La niña no podía dormir bien. Y despertar en medio de la oscuridad...

—Mejor me voy, antes de que me vea —dijo Homero, porque no sabía si iba a tener fuerzas para salir al infierno del toque de queda después de ver a su hija.

—Cámbiate de ropa, come algo —dijo Clarita con la cara tensa, haciendo esfuerzos para no llorar, para no gritar.

Clarita mejor se fue a calmar a Sarita, y Homero se metió al cuarto de baño. El abuelo miró a Rodrigo, con los ojos redondos, mudo, angustiado, que se asomaba por la ventana. Como buscando a los perseguidores de su padre. La ciudad a oscuras, en silencio otra vez, sin ambulancias, sin rastro de gente, y desde esa ventana se parecía más a Ciudad Gótica en la última película de Batmán, en la que los cómplices de Guasón la habían dejado a oscuras con el fin de aterrorizar a sus habitantes y, de ese modo, hacer de las suyas. Sin embargo, ¡atención!, en medio de la negrura de la noche, ¡vio pasar el batimóvil a toda velocidad y con las luces apagadas! Como si lo pudiera ver, siguió al batimóvil hasta que se detuvo en el Palacio de Gobierno, en donde se había atrincherado el caudillo junto con sus incondicionales más cercanos, resguardados por la parte del ejército

que lo apoyaba. Cuando se levantó la capota del vehículo y saltó Batmán, con su máscara y su capa de murciélago, adivinó, muerto de emoción, que era él mismo quien estaba debajo de esa espléndida apariencia, que era él Batmán, musculoso y ágil, de movimientos certeros, felinos. En la puerta del edificio, una descarga de automáticas lo detuvo sin hacerle daño. Con una sorprendente agilidad, se echó atrás, sacó una pistola y la disparó hacia arriba; ésta lanzó una larga cuerda con un gancho que se atoró en el filo de la azotea. Así fue como Batmán —entre nosotros: Rodrigo—, se levantó, volando como murciélago por la fachada del edificio, evadiendo los disparos que le hacía la guardia desde la banqueta, hasta el décimo piso, en donde se encontraba el despacho privado del caudillo de Ciudad Gótica. Se detuvo ante un ancho ventanal, tomó impulso y se lanzó contra aquél con las botas por delante, rompió el grueso cristal y penetró como un enorme pájaro negro con las alas extendidas y una lluvia de lucecillas alrededor. Los guardaespaldas y los incondicionales del caudillo —entre estos últimos reconoció a Acertijo y a Gatúbela, a Pingüino y a Doblecarase le echaron encima con muy malas intenciones, pero éstos no eran mucho para Batmán —que ya sabemos que era Rodrigo—, que los redujo con su dominio

de las artes marciales, en unos cuantos minutos, a golpes de pies y manos. Como si lo siguiera observando a través de paredes de cristal, Rodrigo vio que Batmán apresaba al caudillo (¡que era Guasón!, con su risa petrificada), que estaba escapando, como buen cobarde, y asido de la cuerda regresaba por donde había entrado, por el ventanal, con Guasón cogido por la cintura, como si fuera un niño malcriado. Ante la captura del caudillo, las armas callaron. El pueblo de Ciudad Gótica, que apareció de pronto, aclamó a su libertador a gritos desde la calle, desde las ventanas de los rascacielos que rodeaban el Palacio de Gobierno. Entre la multitud reunida en la calle estaba la güerita de la escuela y también su padre, ya recuperado de la herida, que, orgulloso de su hijo, brincaba de alegría.

—¡Rodrigo, despídete de tu padre! ¡Ya se va! —dijo Clarita como el agua, pinchando con voz temblorosa y llorosa el gran globo de Ciudad Gótica y las proezas de Batmán, Bartmán o Rodrimán.

La búsqueda

Ethel Krauze

Ethel Krauze nació en 1954 en la ciudad de México. Es autora de cuatro novelas, seis volúmenes de cuentos, nueve de poesía, cuatro de literatura infantil, cuatro de ensayo y un relato autobiográfico.

Su obra ha sido incluida en antologías internacionales y traducida a diversos idiomas.

Se ha especializado en Pedagogía de la Creación Literaria.

Pertenece al Sistema Nacional de Creadores de Arte del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Entre sus obras más recientes están los volúmenes de cuentos *El secreto de la infidelidad* y *El instante supremo*, la novela *El diluvio de un beso* –los tres publicados por Alfaguara–; así como *Bajo el agua*, poemario editado por el Conaculta.

Para Adelina

Había una vez una niña que se puso a buscar a Dios. Acababa de cumplir los doce años y se dijo: “Bueno, ya no soy taaan niña, es tiempo de que encuentre a Dios por mí misma. Mi mamá me enseñó a sentirlo en los latidos de mi corazón. Yo era muy pequeña, y sí, sentía el tum tum tac tac cuando ponía la mano sobre mi pecho. Pero ahora ya no estoy segura. En la clase de ciencias naturales nos enseñaron que el corazón es un músculo que bombea sangre a todo el cuerpo. La abuela reza todo el día pero no me parece que haya encontrado a Dios de esa manera. Las historias que he leído dicen que Dios habita en el cielo. También he oído decir que ni siquiera existe... Pero yo no lo creo. Si todo el mun-

do habla de él, estoy segura de que está en alguna parte”.

Entonces, la niña se puso a pensar que para encontrar a Dios, primero tenía que saber cómo era Dios, porque, ¿cómo iba a encontrar a alguien si no sabía ni cómo era? Imposible reconocerlo cuando lo tuviera enfrente.

Así que recordó las imágenes que había visto: en los museos, lo representaban como un anciano de barba blanca y ojos fulgurantes, envuelto en túnicas pesadas; en algunos templos aparecía semidesnudo, clavado agonizante en una cruz; pero a veces era un bebé recién nacido en una cuna de paja.

“No entiendo nada –se dijo–. Lo mejor será acudir a la biblioteca, pues me han dicho que allí se encierra la sabiduría.”

Buscó en los anaqueles, pero en ninguno encontró la referencia de Dios.

—¡Ah! Debes buscar en la sección de religiones –le explicó el bibliotecario–. Ven, te ayudaré.

La llevó al lugar preciso y le tendió varios tomos sobre el tema.

Luego de un tiempo, la niña aprendió que cada pueblo tenía su propia religión; esto es, su manera par-

particular de concebir a Dios. Que la palabra religión viene del latín *religare*, y significa unir. Así que cada pueblo se unía en torno a una misma idea de Dios.

Algunas religiones tenían muchos dioses y diosas, y se llamaban politeístas. Otras, monoteístas, creían en un solo dios, aunque este dios fuera padre, hijo y espíritu santo al mismo tiempo; en cambio, para cierta religión, estaba prohibido pronunciar el nombre de Dios, y únicamente podía escribirse su inicial.

También descubrió que Dios tenía diferentes nombres, y no sólo se le representaba como hombre, mujer, niño o anciano, sino que también podía ser un estado de alma, una especie de iluminación.

¿Cómo llegar a él?, ¿o a ella?, ¿o a eso? ¿Era Dios algo y no alguien?

“Tengo que emprender mi propio viaje —se dijo firmemente la niña—, pues cada vez me siento más confundida... ¡Ah!, ya sé, debe haber un mapa que me guíe.”

—Disculpe, ¿tienen mapas para llegar a Dios? —preguntó en la papelería donde solía comprar sus materiales escolares, ahí siempre encontraba monografías, estampas, diccionarios.

—Un mapa para...

—Sí, quiero hacer mi propio viaje hacia Dios.

—¡Qué linda! —exclamó la empleada, y le recomendó que pidiera mucho a Dios por su alma.

“¡Es la misma respuesta de siempre! —pensó la niña—. No me sirve, yo no quiero pedirle nada, sólo quiero encontrarlo. ¿Nadie es capaz de entenderme?”

Durante mucho tiempo la niña estuvo pensando qué podía hacer. ¡Y de pronto se le ocurrió una gran idea! “Tal vez Dios es tan chiquito que no se percibe a simple vista, o tal vez es tan grande que no alcanzamos a mirarlo con nuestros propios ojos.” Claro, lo que debía buscar era un microscopio y un telescopio.

La primera vez que tuvo un microscopio bajo sus ojos, se sorprendió mirando cómo se retorcían los microbios, cómo viajaban los glóbulos blancos y los rojos, y de qué estaban hechos los trocitos de pasto. Y cuando al fin estuvo ante un telescopio, se maravilló observando las estrellas, y hasta algunos planetas.

Sin embargo, sus maestros de biología, de química, de matemáticas y de física, jamás mencionaron la palabra *Dios*, pero sí un montón de nombres complicadísimos, de origen griego y latino, que ella debía aprenderse de memoria para no reprobar.

“La ciencia no me ayuda, tendré que aventurarme sin mapa ni guía —se dijo—. Debo emprender otro camino.”

Así fue como recorrió el mundo. “Dios no está en las nubes”, se dijo cuando se subió a un avión. “Tampoco vive en el fondo del océano”, reconoció cuando aprendió a bucear. Anduvo entre montañas y desiertos; conoció playas y selvas; visitó ciudades, pueblos y comarcas.

Los filósofos le dieron preguntas, en vez de respuestas:

—¿Cuál es tu idea de Dios? ¿Y cuál es tu idea de “tu idea” de Dios?

Los psicólogos le recetaron aún más preguntas:

—¿Para qué? ¿Por qué? ¿Qué se oculta detrás de esa necesidad tuya?

Los políticos usaban el nombre de Dios como pretexto, amenaza y justificación para todo tipo de violencias e injusticias.

Sólo con la literatura lograba un espacio de identificación, porque en los poemas, las novelas y los cuentos que leía, siempre vibraba la misma búsqueda;

aunque no le llamaran precisamente *Dios*, los autores estaban en una permanente cacería por encontrar el sentido profundo de las cosas. “Acaso es esto lo que busco: ese sentido profundo –pensó en un momento de revelación–, ese misterio, ese maravilloso aleteo que hace latir al corazón... No sé qué me pasa, tengo unas inmensas ganas de llorar.”

Lloró hasta que se quedó dormida. No supo cuánto tiempo había pasado. Su hijita se había metido en su cama y la abrazaba para que la consolara de un mal sueño.

—¡Mami, mami!

—No te asustes, chiquita –le dijo, incorporándose, tratando de despertar enteramente. Y como si alguien le dictara lo que debía hacer, tomó la mano de la pequeña y la puso en su agitado pecho–. Para que sientas a Dios en tu corazón.

—Sí mami, hace “tum tum tac tac”. ¡Ya lo sentí! ¡Ya lo sentí! –sonrió la hijita dando brincos en la cama.

Supo, entonces, que la búsqueda había terminado.

Ligas mayores

Silvia Molina

Silvia Molina nació en la ciudad de México y estudió literatura. Fue editora muchos años y ha publicado novela, cuento, teatro, literatura infantil y ensayo.

Entre los premios que ha recibido se encuentran el Xavier Villaurrutia; el Sor Juana Inés de la Cruz, de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara; el Nacional Juan de la Cabada de Literatura Infantil, y el Leer es Vivir de Literatura Infantil, otorgado por la editorial Everest en España.

Entre otros libros para niños, ha publicado *Mi familia y la Bella Durmiente cien años después*, (Corunda, 1993), *El abuelo ya no duerme en el armario* (Corunda-SEP, 1996), *El misterioso caso de la perra extraviada* (Corunda-SEP, 1997) y *Mi abuelita tiene ruedas* (Cidcli-Conaculta, 2001).

Me dicen Mishu. Ése es mi apodo. Me lo puso mi hermanita porque así llamaba al gato para que viniera a la ventana a tomar un poco de leche: “Mishu, mishu, mishu”.

—Mishu —me dio los brazos cuando tenía dos años y todos se rieron, y desde entonces así me dicen.

Tengo trece años y facilidad para los deportes: la tarde en que la abuela me regaló unos patines, me los calcé, apreté las agujetas con cuidado y salí patinando como mi primo dos años más grande que yo, que fue el mejor durante las competencias de verano; y cuando el vecino me prestó la bicicleta que se sacó en una rifa, tuve la estrella de montarla y salir andando como si nada; y un domingo que fui con mis papás a visitar a unos amigos, dejé al muchacho de la casa con la boca abierta frente a la mesa de ping-pong.

No es ningún mérito porque como dije se me dan los deportes, quizá porque todos me gustan. Y por eso, porque estoy acostumbrado al éxito cada vez que intento alguno nuevo, sentía ese malestar, estaba francamente de mal humor, cuando me senté a la batería por primera vez y no pude tocar ninguna melodía: param param pum pa ta ta, param param pum pa ta ta.

Nunca había oído tocar así la batería sino el piano, porque piano hay en la escuela. A veces, es cierto, la maestra toca escalas aburridas con las que se preparan los del coro para cantar en la entrega de premios cada fin de año o durante la fiesta del director o el día de la madre o el maestro.

El *¡do, re, mi, fa, sol, la, si, doooo!* me fastidia, aunque el coro me parece excelente porque Rosa, la porrista de quinto, hace primera, y las de primera tienen, como ella, voz de ángel.

La directora del coro debe de conocer las piezas que pone el abuelo las mañanas del sábado después que lo acompaño a dar una vuelta por el parque, y me gustaría que las tocara en la escuela acompañada de un baterista.

Después de la caminata a esa hora en que el sol acaba de salir y los pájaros se ponen contentos, el

abuelo me invita a desayunar, y entonces pone en el viejo tocadiscos un disco viejo de esos grandes que ya no se usan.

Un día, mientras el abuelo partía las naranjas para el jugo y yo sacaba los platos, descubrí la maravilla de las percusiones, de los tambores y los platillos. Pum, paaassss.

—¿Qué es eso, abuelo? —le pregunté.

—Una naranja —me respondió.

—Eso que oímos —le aclaré.

—Un disco, muchacho.

—Si tonto no soy —me impacienté—: esos sonidos —ya estaba yo imitándolos con los dedos de la mano sobre la mesa.

—Una batería.

—¿Una batería?

—¿Qué te parece? —dijo.

—Como una competencia muy reñida de hockey sobre hielo, cuando ganan los de mi equipo favorito.

El abuelo sonrió:

—¡Mira que comparar a Allan Dawson con un partido de hockey!

—¿Allan qué?

—El mejor baterista que ha existido, muchacho.

Haber descubierto aquellos sonidos (param param pum pa ta ta, param param pum pa ta ta, param pa-

ram pum pa ta ta) fue algo que no puedo explicar. Aquel ritmo se me metió en el cuerpo, porque la música que oí era como eso que sientes cuando has metido un gol de bolea dos minutos antes de terminar el partido.

—Yo voy tocar eso, abuelo —le aseguré.

—Eso, hijo —murmuró el abuelo sirviendo el jugo— es de ligas mayores.

Por las tardes, cuando entrenaba para el partido de fut contra los de la Escuela Municipal, si metía un gol, me volvía hacia Rosa, la porrista de quinto, la de la voz de ángel, y le sonreía apenas un poco.

Fuera de ese pequeño mensaje, no le hablaba, aunque durante los sueños me diera cuenta de que me sabía de memoria sus ojos cafés y su cabello castaño. Pero un chico de mi edad, que reta a los de la Escuela Municipal, no habla con una chiquilla de quinto ni le compra un helado ni la invita a su casa. Sólo, discreta, muy discretamente, le dedica un gol.

Rosa tiene voz de ángel, como ya dije, y aunque es buena para muchas cosas, no lo será nunca para los deportes: se cayó hasta del triciclo, y no quiso volver a ponerse los patines desde la tarde en que se fue de bruces sobre el cajón de manzanas que la dueña

de la tienda de la esquina había colocado fuera del negocio; pero Rosa tiene además de una voz especial, una sonrisa también especial. Entonces empecé a soñar que le enseñaba a patinar y a andar en bicicleta y que tocaba la batería en un grupo en el que Rosa cantaba.

Cuando regresé a casa, pensaba en la pieza que había oído en la casa del abuelo y dije a mi mamá:

—Voy a tocar la batería.

—¡Vaya! —fue su respuesta.

Cuando mi papá volvió de la calle con el periódico, lo asedié con las mismas palabras:

—Voy a tocar la batería.

—¡Caramba! —fue su respuesta.

—Voy a tocar la batería —le dije a mi hermanita.

—Yo también —me contestó, y luego dijo—: ¿qué es eso?

Mi hermanita quiere hacer todo lo que yo hago. Y es la mascota de mi equipo de fut.

Estaba obsesionado por aquella música que me había parecido como un partido de hockey, y cuando mi abuelo me regaló una batería pequeña de segunda mano, no dormía de la emoción, y al mismo tiempo del enojo, porque no es fácil tocarla.

Esa semana entrené con más ganas para el juego contra los de la Escuela Municipal; y cuando llegó el día, metí un gol de corner, miré a Rosa y le sonreí sin que me vieran mis amigos.

El sábado siguiente acompañé otra vez al abuelo a caminar por el parque. Después de la caminata a esa hora en que el sol acaba de despertar y se alborotan los pájaros, el abuelo me invitó de nuevo a desayunar con él, y volvió a poner en el viejo tocadiscos el viejo disco.

Mientras el abuelo partía las naranjas, caminé hacia la ventana y, mirando hacia las montañas, gocé otra vez la maravilla de la batería.

—¿Qué te parece? —me preguntó el abuelo.

—Como un partido de beis.

El abuelo sonrió:

—¡Mira que comparar el jazz con un partido de beis!

Y eso, volver a escuchar aquella pieza, me emocionó, porque las notas que oí eran como marcar un *out* con casa llena.

—Yo voy tocar eso, abuelo. Un día voy a tocar eso, ya verás.

—Eso, Mishu —murmuró el abuelo sirviendo el jugo—, ya te lo dije, es de ligas mayores, pero lo harás, estoy seguro.

Cuando regresé a casa, aseguré que iba tomar clases de música.

—¡Vaya! —se alegró mi mamá porque no aguantaba mis tamborazos.

—¡Caramba! —se emocionó mi papá.

—Yo también —dijo mi hermanita, y preguntó: ¿dónde?

El lunes por la tarde después del entrenamiento, me quité la camiseta azul, los pantalones blancos y los tenis viejos, y me di un baño.

Limpio y peinado, corrí a la Casa de la Cultura a ver al maestro de música con mi hermanita de la mano, porque se puso a llorar cuando me vio salir sin ella. La maestra le regaló un dulce a mi hermana y me anotó en su libreta. Luego me pidió un cuaderno pautado y un lápiz, y me citó a las cinco de la tarde del primer lunes de octubre.

—¿De octubre? —me sorprendí.

—Ajá —dijo la maestra—, de octubre.

No podía esperar: faltaban tres largos meses para octubre y me moría de ganas de tocar los platillos y los tambores para arrancarles una música que sonara como la que había puesto el abuelo.

La maestra me despidió:

—Nos vemos en octubre.

Soy un chico con suerte, excepto, como ya vie-

ron, para tocar la batería. Y eso me daba un sentimiento de desgano, que me tenía intranquilo. Francamente de mal humor.

Otro sábado que fui de nuevo a caminar por el parque con el abuelo, y después a desayunar a su casa, mientras él hacía el jugo de naranja, encendí el tocadiscos y puse su disco.

—¿Qué te parece? —preguntó el abuelo.

—Como la sonrisa de...

—¿De quién?

Guardé silencio, y el abuelo, que lo entiende todo, sonrió:

—Comparar esa música con la sonrisa de una chica es maravilloso, muchacho.

Me quedé callado, o quizá sólo escuchando la música o pensando en Rosa.

—¿Qué pasa? —indagó el abuelo.

—Que de aquí a octubre, abuelo...

Y los dos guardamos silencio.

Cuando el disco se acabó, el abuelo fue al tocadiscos y puso otro disco, y me preguntó:

—Y éste, ¿qué te parece?

—Como cuando tumbas con una bola de boliche todos los pinos.

El abuelo sonrió:

—¡Qué muchacho!

Y eso, escuchar aquella otra pieza, me dio tanta emoción como cuando vi a Rosa y la invité a tomar un helado.

—Yo voy a tocar eso algún día, abuelo –le aseguré.

—Eso, hijo, ya te he dicho, es de ligas mayores –sentenció con claridad el abuelo.

En octubre tomé al fin mi primera lección de música. Haber descubierto la batería, aunque aprender me llevará tiempo, es como la tarde en que me hice novio de Rosa, la porrista de quinto, la única chica del coro que estará en las ligas mayores. Y eso, claro, me da un sentimiento de alegría que me mantiene animado. Francamente de buen humor.

Enterrar a los muertos, Destrucción de Ciudad Gótica, La búsqueda y Ligas mayores terminó de imprimirse en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, 06280 México D.F., en el mes de noviembre de 2004. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Nilda Iburguren, técnica especializada “A”. El tiraje fue de 6 mil ejemplares impresos en papel cultural de 75 gramos y forros en cartulina couché mate de 210 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Bodoni y Goudy.

